

Los Misterios del Rosario (2017)

Jesús Martínez García

Misterios, verdades ocultas a los hombres. Al hilo de la Palabra de Dios y de los tradicionales misterios del Rosario, el poeta expone veinte lienzos, donde la luz se mueve y los colores respiran amor y vida eterna.

Versos sencillos, desde la ternura; ángulos de perspectiva y sentimientos que, en contemplación, ofrecen en susurros preguntas al corazón. Como un itinerario del alma a Dios.

Índice

[La encarnación en María](#)

[La visita de María a Isabel](#)

[El nacimiento en Belén](#)

[La presentación de Jesús](#)

[Jesús encontrado en el Templo](#)

[El bautismo en el Jordán](#)

[La autorrevelación en Caná](#)

[La predicación del reino](#)

[La transfiguración en el Tabor](#)

[La institución de la Eucaristía](#)

[La oración en Getsemaní](#)

[La flagelación](#)

[La coronación de espinas](#)

[La cruz a cuestas](#)

[Jesús muere en la cruz](#)

[La resurrección](#)

[La ascensión al cielo](#)

[La venida del Espíritu Santo](#)

[La asunción de María al cielo](#)

[La coronación de nuestra señora](#)

LA ENCARNACIÓN EN MARÍA

Mariposa de noche enamorada
de la Luz rondas con impaciencia.
Femenina ala vuela, vuela,
dale vueltas adonde tu querencia
contempla a tientas. Y toca, toca
la sombra negra de la bella ausencia

hasta que el cristal se rompa
y te asuma el fulgor de su Presencia.
De noche es el Amor en esta tierra:
la oración y la obediencia.

A la hora del ángel la noticia,
al oído del silencio fue el suceso.
¿Era un sueño, quizá sueño de Dios?
¿De dónde para ella tal exceso?
Vestido de blancura en apariencia
de parte de la Luz era su beso,
que, descubriendo sus naipes,
le mostraba el dulce peso:
Dios quería en ella incardinarse
y que había nacido para eso.

Una llama, una rosa, un no sé qué
de rubor en sus mejillas vestales
por ser la mas pequeña entre las flores.
Pero tanto amas, tanto vales.
Dijo SÍ al Amor –al mandamiento–
y Dios la transformó, en esponsales,
en Mujer-revelación, la Virgen Madre,
entre ecos de alborozos celestiales.
Se abrieron a los ojos de su fe
inéditos paisajes teologales
e, igual que al viejo Abrahán,
firmamento de hijos inmortales.

“¡Hágase!” Y la Palabra creadora
en ella se hizo carne y aventura,
plenitud del alma, nueva historia,
primavera henchida en Su locura.
María, caudal de sombra del Altísimo,
transparencia de Cristo, su figura.
La senda del Camino y la Verdad,
y vida de la Vida. A nuestra altura,
la manera mejor de ser cristiana
es ser mariana la humana criatura.

LA VISITA DE MARÍA A ISABEL

Madrugó la margarita para ir en caravana
con el día,
con todas las cosas que pasen a su lado,
con el sol cenital que no hace sombra,
con concierto de pájaros al aire,
en el pelo de María.

Es la niña de los ojos de Dios.

Dechado de virtud sin maquillar.
Su cabello hebras de luz amaneciendo,
sus manos exquisita porcelana,
y su rostro es el definitivo de mujer
de todos los bocetos ensayados.

La Niña en el carro no se asoma
por ver a Dios, diaria compañía,
en las noticias del paisaje.
Qué sola se siente, qué única,
porque lleva en su clausura
al Corpus Christi que en ella procesiona.

Por el camino viene una sonrisa.
Sus mejillas de núbil amapola.
Sus ojos, dos soles de hermosura,
iluminan el valle cual aurora.
Se derrama joven sobre toda criatura
la ternura de Dios en su persona.

¡Y se le apareció la Virgen a Isabel!
“Una sima grita a otra sima
con la voz de tus cascadas”ⁱ.
Ain Karím, encuentro de galaxias interiores
que en cósmico abrazo eclosionan
y salen despedidas las palabras
en un apostolado de servicio y alabanza
que a los ángeles incluso emocionan.

Como aljibe a presión de la dicha
el alma de María rompe a cantar
las grandezas de Dios en epopeya,
desde Abrahán hasta ella
—esclava, nadie, nada—,
el juego de Dios con la humildad;
hontanar de esperanza de las generaciones.

Somos esa esperanza, somos los eslabones
que hoy le proclamamos:
“Bendita eres entre todas las mujeres”ⁱⁱ
por ser Madre de Dios
y por haber pisado el camino de la fe.
Madre de los creyentes,
si en tus huellas penetramos tú nos llevas
en las entrañas, molde de los cristianos.

Inúndame, Señor, en mi bajeza
con la fe de María, como un sueño,
y cúmplase tu voluntad, como mi Dueño.

Que mi boca rebose tu impaciencia,
con gran delicadeza,
en un apostolado de amistad y confianza.

EL NACIMIENTO EN BELÉN

De su Mente salieron ordenadas las palabras
creando en realidad todas las cosas.
El Verbo sabía cada una de memoria,
su ubicación, sus átomos, sus sombras.
Una noche él se hizo criatura, bebé.
Y a Padre se le escapó una lágrima divina
al ver a su Hijo tan inválido.

Era su primera Navidad
en este internado de experiencias
al que Padre le había destinado
para hacerse un hombre.
A esta cota el mundo era asombroso.
Estrenaba formas, olores, movimientos
—juguetes—, como todos los niños;
sonrisas y ternuras asomadas a la cuna,
el respirar profundo de la mula,
y sus grandes ojos mojados y brillantes
como bolas de cristal colgadas en el árbol.

Bienvenido, Jesús, a nuestra patria,
maestro de ignorancia todavía.
Te tienes que aprender los sentimientos,
el frío del cierzo, igual que los sin techo,
la tibieza del nido de tu madre, sus dulces
dedos estremeciendo tu carne de lirio
y la esperanza de los hombres en su pecho;
a respirar bajo estas aguas,
el arte de hablar con los espejos;
aprender a rezar el Padre-nuestro.

Fuegos artificiales rasgan la noche,
estallan las gargantas celestiales
en un Gloria de fiesta en las alturas.
Se ha roto el silencio de los siglos,
ha llegado la Palabra total
para que cada nombre
en el Verbo sea conjugado.

Se ha encendido de flores un almendro,
es un ángel de luces mensajero
con gavilla de promesas en sus labios:
Una estrella del cielo se ha caído,
es el Hijo de Dios que se ha abajado.

Encontraréis en el trono de una virgen
a su niño, de Dios, que está tosiendo
por el frío de este mundo sin cristales.
De rodillas corred para adorarlo
con la manta de vuestros corazones,
una caja de dulces obras buenas
y, para ella, un ramo de besos vegetales.

Los pies de la obediencia encontraron
en las periferias de la gran Jerusalén
a María y a José, una mula y unos Magos;
el belén que puso Dios,
y a la Estrella adoraron.

Niño lindo, en esta noche
que a los niños quieres ver,
tu regalo quiero ser
que en tu corazón se abroche.

LA PRESENTACIÓN DE JESÚS

Adsum!

Aquí estoy, Señor, que me has llamado
a la delgada existencia
en el punto tangente con lo eterno.
Ante ti, Presencia serenísima que colmas
todo,
me presento.
Minúscula partícula en el cosmos,
estrofa de alegría en la aurora
que brilla en tu mirada
y a los hombres pasa inadvertida.

Como Padre susurras a mi oído:
Es la primera vez que vives, inexperto,
aún con ciento setenta horas de experiencia.
Te quiero rescatar de la violencia
del enemigo intangible y tan antiguo
como los ruidos del infierno,
que pugna por tu alma de algodón
para teñirlo de sangre y desaliento,
robar mi noticia sabrosa en el olvido.

El éros de la manzana letal
promete mucho y cosecha poco,
defraudada en poso de tristeza,
en la envergadura de una vejez nostálgica.
No te detengas, como un aspersion
echa a volar el punto de mira.
Tú, hijo mío,

¿ave de corral comiendo estupideces?

Si los muertos volvieran a nacer...

Que me seas siempre niño transparente.

Con la santa obediencia

con que tu madre ha venido al Templo

a cumplir las normas del amor,

mis mandamientos.

Si los sigues serás libre y feliz,

sabrás por experiencia que te quiero.

Sabiduría de águila

que se aleja del cuadro y ve en providencia

que sólo era una sombra la pincelada triste.

Pensamiento mío, estás en mi presencia

igual que Simeón te tiene en brazos.

Espero la tuya cada instante, como un faro

fugaz, intermitente, inacabado.

Recorre unas horas de silencio

para beber la luz

que empape tu corazón abierto.

No me lo cierres nunca, nuestro.

Saborea en oración el momento irrepetible,

no te olvides de ofrecerlo al despedirte.

Agradece el día desahuciado

con el *nunc dimittis* en tus labios.

Aquí tienes el nido con tu nombre y aficio-

nes.

Dime *adsum* tras el umbral del tiempo.

Si los muertos volvieran a nacer

harían esto.

JESÚS ENCONTRADO EN EL TEM- PLO

Te escondiste en tu otra casa

para atraer a María y presentarla en el Tem-
plo.

Haces preguntas y respondes, como el mar
baja y descubre sus tesoros a la tierra.

Silencio de José, que hable la belleza,

que los ojos de la Teología se fijen en tu
madre,

en el pináculo del asombro la doncella

en la que todo un Dios se recrea.

Mujer virgen y madre. Es el misterio,

la señal de la llegada del Mesías,

profecía imposible de comprobar
por los estereotipos de los hombres.
Pero así comienza el primer evangelio.
Hoy María es la pregunta que les haces
y tú, Sabiduría, el desconcierto.
Conclusión del cursillo de tres días.

Niño perdido y hallado
Catedrático en Teología Bíblica.
Están boquiabiertos por tanta novedad
del alma que recorre la Escritura,
como río que atraviesa la esperanza
e inunda subsuelos con su paz.
Eres la mente de Dios, la luz perfecta
para leer la Ley y los Profetas,
el primer mandamiento desde el lado de
Dios:
amar a los hombres sobre todas las cosas.

Y el corazón humano, con todos sus prover-
bios,
sencilla y hondamente, sin problemas.
Tu lengua de Damocles deshace la maraña
de preceptos fabricados por los trucos del
lenguaje
que ahogan la existencia.
Didácticamente eres el verdadero amor
con Dios y con el prójimo;
el corazón inquieto del neblí
que alcanza con libertad de espíritu
la voluntad divina en lo concreto.

Como estrella fugaz volviste a la oscuridad
de Nazaret, de los días sabidos,
a obedecer, al taller, al horario.
Maestro en la Palabra retornas al silencio,
roto por el gemir de la madera.
Pero quedó patente, inolvidable,
como ese fogonazo de luz matinal
que despierta y retrata a cada cosa,
que había otro Padre, otro mundo
donde tú te sumergías.

Y tus padres a esperar tu calendario.
¿Dónde estaban escondidas sus preguntas?
Acaso dirigieras su oración cada mañana
con sencillas parábolas celestes,
ibas llenando sus ánforas
de las entrañas de Dios.

Cómo no recordarte los doctores
al cabo de veinte años al volver
a hablar en el Templo de tu Padre.

¡Ser Hijo! Qué consecuencias traería...
para aquellos que vivimos lo ordinario.

EL BAUTISMO EN EL JORDÁN

Jesús en el río, en la margen de Jordania,
donde bautizan a los arrepentidos,
al temor de Dios.

Se ha puesto en procesión como uno más,
el primero, el simpecado.

Y Juan se lo prohíbe:

no necesita lavarse el agua transparente,
no puede confesarse, no hay materia.

Pero se ha hecho uno de nosotros
y ha de dar ejemplo

de conversión, de vuelta al Padre
el hijo que se marchó del Cielo.

Es el gesto de humildad que necesita
de abrir el corazón al cirujano.

La penitencia la hará, por los demás,
un viernes de ayuno y abstinencia,
con cilicio en la cabeza y con flagelación.
Sirva el ejemplo.

En presencia del Espíritu-paloma, una Voz.
Solemne novedad:

“Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco”ⁱⁱⁱ.

El Dios impenetrable se ha revelado Amor.
Desde aquel vuelo interceptado en el edén,
robado el corazón, en lejanía...

Hoy el Padre ama al hombre en su Hijo.

Se complace con quien quiera ser Jesús.

Disfruta reiniciando el programa hombre,
y actualizarlo con el segundo bautismo.

Es una fiesta en el Cielo. En el nombre
del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo
se absuelven los pecados

y se introduce por la sangre de la gracia
en la familia de la Trinidad.

Perderlo todo para saber

la última pieza del puzzle, su amor.

Hallazgo infantil en la arena del dolor,
en las rodillas del alma desasida de la culpa.

Nuevo cimiento del ser, saberse re-creado

por el nombre recibido en el Bautismo;
como agua que fluye soterrada,
fuente de gozo y energía,
mientras afuera arde la sed de Dios.
Sostenido y guiado cual bajel
en las aguas del ayer y del hoy,
de gentes y paisajes conocidos.
Hilo que atraviesa el rosario de los años:
tan importante es para Dios todo lo mío.

Escuchad la noticia religiones del libro,
los siervos del Dios impersonal. Él
es Cariño infinitivo. *Abbá*, Padre.
No es blasfemia. Es la revolución
del Hijo de Dios que se ha encarnado
en hombres nuevos. Hijos de Dios
que auscultan en su corazón de carne sus
latidos
en la Misa que celebra
y cuando ejerce el Perdón.
Amar a sus hermanos es amarle,
hacer feliz a Dios.

LA AUTORREVELACIÓN EN CANÁ

Somos agua corriente, sin aromas,
sin colores, sin propiedades curativas.
De lo más normal, de lo que abunda
en el Ganges, en las playas, en las calles.
Que sólo se echa de menos cuando falta.
Lo propio del agua es la humildad.
Sin saberlo, es la vida de la Tierra.
Somos muy importantes
para Dios, que en el agua se revela.

Y llegaron las bodas de la fe,
el momento de quitarse el embozo,
de desvelar su poderoso envés:
transubstanciando el agua en vino excelente.
Jesús, Revelación, Revelador
del Padre misterioso,
de la electricidad gratuita del Espíritu,
de ecuaciones sacramentales,
que cambiarían al hombre
en la excelencia humana, en ser divino.

Había que dejarse vaciar, creer del todo,
humillar la razón hasta el fondo
y llenar la tinaja hasta los bordes
de aquel mundo de Dios inaccesible.

Creer como los niños a sus padres,
que todo lo saben y lo pueden,
porque nadie habló con tal autoridad
sobre el mar y los montes obedientes.
Sólo pedía fe, hacerse como niños.

Jesús es más que amigo y maestro.
Hoy comienzan a vislumbrarle los discípu-
los.

Itinerario de años y de signos,
de pescas y de panes, de lisiados que andan,
de muertos que están vivos;
nacer de nuevo, comer su cuerpo;
la prueba de la cruz y, milagro de milagros,
la resurrección; su Ser divino.

Por fin creyeron a Dios,
a Jesús, que es lo mismo.
Es la osadía del agua
que acorta, hasta cero, en su Nombre
la distancia de lo imposible.
Después ya no hay fe, sino testigos.
“Bienaventurados vuestros ojos porque
ven”^{iv}
hecho realidad el edificio.

Hoy nosotros creemos a los padres
que dieron su vida al transmitirlo.
Bebemos la fe de los apóstoles,
la misma encauzada por los siglos.
Que impulsa a hacer lo que él nos diga
y el milagro se obra en uno mismo.
Éramos ciegos y ahora vemos en otra di-
mensión,
éramos agua simplemente
y ahora somos vino consagrado,
otros cristos.

LA PREDICACIÓN DEL REINO

Ha llegado, por fin, el mundo nuevo
de la verdad, la justicia y la paz.
Ha llegado Jesús, el Evangelio.
Su ejemplo
da vida a su enseñanza que nos llueve.
La tierra que acoge su palabra
y no vuelve de vacío hacia la nube
pertenece al Reino de los Cielos.

Su reino,

como planta que no se oye crecer,
crece por dentro
como el árbol de la sangre;
sin ruido se hace bosque,
red barredera de los vientos
del Espíritu, Iglesia;
como el grano de mostaza
se convierte en agradable sombra
donde viene a anidar toda clase de aves.
Espejo del amor divino.

Jesús, voz clara, penetrante, eficaz
como espada de doble filo:
entusiasma y enamora,
o deja intranquilo.

Los sencillos escuchan al venero ameno,
invitan al que es amable hogar,
desean sus miradas medicinales,
caminar por sus silencios suspensivos...
Las palomas de su boca descienden
al pozo original, recién creado,
removiendo y aclarando las aguas,
posan su paz en el alma.
Generan la generosidad zaquea.

¡Qué hombre! piensa la sed samaritana,
el que andaba yo buscando. Bueno.
Todo lo tengo por basura al haberlo conoci-
do.
Nadie la había tratado así, mujer,
comprendida, interesante
todo su yo humano y divino.
El que encarna las bienaventuranzas
ensancha horizontes, lanza hacia lo alto,
como fuente de oro negro, hasta el Altísimo.

Pero algunos no quieren oír
ni mirar a los ojos –ciegos–
al Enviado tan poco compasivo
con sus conciencias escrupulosamente laxas.
El Mesías políticamente incorrecto
–darse, infierno, castidad, pobreza–
destapa heridas insanas. Hace daño.
Higueras estériles, sepulcros blanqueados,
han de hacer oración de verdad con Dios,
ser vencidos por su misericordia,
tirarse las piedras a sí mismos,
echar afuera escombros –confesarlos–,

aprender a amar
y dejarse guiar por el Camino.

Poeta de los humildes lirios y de la siembra,
del reino vegetal;
de los gorriones y los zorros, imágenes
de la Providencia en el reino humanal;
descubren América tus parábolas del reino
sobrenatural.

LA TRANSFIGURACIÓN EN EL TA- BOR

Te vistes de luz
escapada por rendija de los cielos
en la vidriera estrellada de la noche.
El milagro desciende a mis ojos de neón,
en oración pongo mi tienda.
Todo queda en suspenso. Las hojas
del árbol, el agua del pensamiento.
En la tersa quietud,
contemplativamente hablando
se dice tu Presencia sin cortezas.

Ahora eres más misterio, Icono mío,
irradias deidad por cada poro.
Rompes reglas, marcas diferencias,
estilo propio, futuro,
tu Personalidad enseñas.

Eres de Cielo.
Tus destellos de milagros
y esa mirada tuya que interpela
a buscar las cosas de arriba inexploradas,
hipotecándose en ti, única cuerda
de la existencia.

Mi cuerpo como muerto te contempla.
Tus ojos, tus manos, toda tu figura.
Tú eres la Palabra pura
que en resplandor de nieve alumbra
mi noche de oración
a golpes de silencios, de lectura.
Se desborda mi afecto en la frontera.

Qué bien se está aquí besando el prodigio,
sin el tic-tac del reloj que corta el tiempo
—horas y horas, presente suave, eterno—,
sin la nostalgia del pasado,
ni de los años que faltan por sumar

para salir del cuerpo.
Mas sólo es un momento.

He de volver al mundo todavía
—como tú vuelves a ser el maestro de la escuela—,

a poner los pies en el suelo, mis sentidos
al teléfono, al trabajo y cuando estoy durmiendo.

Pero quedas en alto, encendido tu recuerdo,
como el tranvía en la corriente eléctrica;
como las flores, las cascadas y las cumbres
prendidos están en ti, Belleza.

Señor mío y Dios mío,
ya todo lo ha trocado tu Presencia.
Luz que recorres mi escondrijo,
en todos mis quehaceres tú te enredas.
Alma del poema de mis horas
que se van sucediendo así en la tierra
como en la vida eterna.

LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA

Te temblaban las manos al confeccionarla,
la voz, como a un misacantano, sin prisa.

Era la primer vez
que tú te compartías en Hogaza
y en transfusión de Sangre:
iban a comer y beber tu propia Vida.

La emoción embargaba esa tarde
tan deseadamente cumplida,
cuajada de silencios y de rosas
blancas y rojas en el cielo.

Era el ocaso, amor de despedida.

Podías irte al Cielo y esperarnos.
O quedar físicamente, como el Papa,
pocos podrían gozar tu cercanía.
Qué difícil decir adiós cuando se ama.

No quisiste decirlo a ninguno
de los que vendríamos.

¡Y te reinventaste!

en más humildad, en una cosa,
misterio de amor intemporal,
para conversar con millones a la vez,
multiplicado uno a uno, atentamente,
como si no tuvieras otra cosa que hacer.

En un balcón sin agarres, sin geranios,

en la pared de la nada
redondo de fe te abres
al asombro de mis labios.
Apuesta de todo o nada.
¿A quien creer, Palabra de Dios,
hecha hombre y ahora Eucaristía?
En tu palabra echaré la red de mi fe,
Cristo de los milagros.

Mirarnos.

Tus ojos románicos, tus grandes ojos azules.
¡Qué mar mira mi corazón al fondo!
Sin palabras. Porque es inefable,
nos lo hemos dicho todo
y tu palabra es el icono eucarístico
—presencia real, substancial—,
y la mía es mi estar, mi adoración.
“Para que donde yo estoy, estéis vosotros”^v.

Canción de amor en harina manuscrita.
Amor Cuerpo a cuerpo
después de la alianza de las almas
en el valle de las lágrimas
y en lo alto de la consagración.
La doctrina es el pilar y la piedad el rosal
que salta el muro del misterio renovado.

Con el alma descalza yo me acerco
por tu acantilado de silencio tan auténtico,
a postrarme ante ti, Todo infinito.
Acariciarte con palabras sonámbulas de
amor,
besarte con sentimientos,
amarte con obras realizadas.

Cómo no ibas a temblar de amor
si es donde prefieres estar,
Presencia nutriente.

¡Y cuánta soledad aquí en la tierra!

LA ORACIÓN EN GETSEMANÍ

Silencio de Dios en los olivos.
Ungida espera en sudor de sangre.
La mortaja de la luna cubre su faz,
desvela los cráteres del miedo,
los arroyos secos de lágrimas antiguas
y la angustia enquistada en la garganta.
Esta noche es la oración de Jesús

fotograma del Tabor en negativo.

No hay agarres donde esconderse,
no hay más refugio que el suelo
y cae, como polvo derramado
en su última postura.

Esta vez el lienzo besa el rostro
—vero icono de huella impresionista—,
lo acoge, se hace a él. Cual confesor
que escuchara sus latidos.

Dios mío, ¿dónde estás?
Noche oscura, endógena, del alma.
Sin luz —primera criatura— no hay Creador,
ni visión espacial de trascendencia.
Todas las pinceladas del cuadro
son planas y negras. Gusano ciego
se arrastra en dos dimensiones.
Sólo existe lo que toca:
las ganas de morir su sinsentido.

Porque es un sinsentido este misterio.
Pecados de lunes a viernes,
los de fin de semana, los míos.
La montaña le aplasta como prensa de acei-
te.
Y el futuro que se le viene encima.
Si los hombres supieran del veneno...
y se los beben a tragos como vasos de agua.
A él el cáliz le abrasa la garganta
con toda la sal del mar adentro.

Le da náusea su sola cercanía,
solo nombrarlo.
¿Quién le argüirá de pecado?
y, sin embargo, suyo. Por hacerse avalista,
solidario, le han echado las culpas
y tiene que meterse en la pocilga,
hacer de hijo pródigo
para purificar lo que no ha cometido.
Al fondo de la herida brota la pregunta:
“¿Qué es el hombre
para que te acuerdes de él?”^{vi}.

Se han dormido
la aldea de los suyos,
los buenos sentimientos amigos.
No hay nadie que acune su dolor.
Apagados los ojos de la noche,

no hay otro para obrar la redención.
¡Hágase en mí tu voluntad
ahora, que soy tierra,
como cuando era cielo!

Dios envía siempre un ángel
con un vocabulario de ternura
a quien reza postrado el Padrenuestro.

LA FLAGELACIÓN

Y el Verbo se hizo carne... de expiación.
Un plus innecesario al condenado a muerte
por algún pecado en especial.

El chasquido del odio por el aire
anuncia el amor traicionado a sus espaldas
desnudas.

Cae la ira del flagelo como un rayo,
flechas sobre la piel inerme, sin mancilla;
y, como caña de pescar que se enredara,
el arado desgarrar la tierra en su camino.

Cincuenta, cincuenta y uno,...
arde el dorso como lava de volcán.
Duelen en las cavernas del sentido
los incontables pecados que hay que reparar.
Ochenta y cuatro, ochenta y cinco,...
Carnicería, se le ven las costillas.
El cansancio fina el placer de los verdugos.
Ya no queda tonsura que pintar.

Ecce homo. En silencio míralo.
Amasijo de tiras informes,
imagen plástica del alma impura,
lo que queda del hombre-ángel-caído,
bayeta retorcida por el suelo
chorreando dolor, sudor y sangre
sobre el charco de su propia voluntad.

Citas a ciegas, cenas de mentiras,
amores de barro, ídolos de papel
que se queman mientras arden;
el beso a sí mismo en el espejo.
Desnudo desprecio, posos de soledad.
Cuan corto es el camino del placer.
Las primeras luces de la fría realidad
desvanecen castillos en el aire,
el inútil intento de alcanzar la gloria.
Se evaporan las ganas de rezar.

Jesús,
tu silencio recoge todos los lamentos
errantes por el cosmos
de todas las violaciones
de los derechos humanos;
gritos lanzados hacia el Dios del Silencio,
que calla todavía.
Su incomprendida indiferencia.
Mientras, tu sangre sigue salpicando
a los flageladores y a las paredes del mundo
como un desinfectante de cariño
que llueve sobre justos e injustos.

Y yo,
tatuado mi nombre en tu pecho
esperas el abrazo de mis ojos compasivos.
Estoy entre tus pliegues y no siento
dolor de mis agnósticos pecados.
Hiérame tu vista, lo que yo mereciera;
rasga mi corazón de piedra,
dame un corazón de carne, sensible a tu ter-
nura,
o si no de bronce que ante tu fuego
se derrita en lágrimas de amor.

Ya no más, Señor. Ya no más.

LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Es echado al patio de recreo,
al foso de los leones aburridos,
a los legendarios e imaginativos legionarios.
¡Ay de los vencidos!

Ha confesado a Pilato y se le hacen los ho-
nores
en el búnker, con solo una bombilla.
De alambrada de acero es la corona,
a martillazos resbalan las púas piel adentro
para que le entre en la cabeza que no es rey.
La gallinita ciega es el juego, pobre anima-
lejo.
De una mano sale un cetro, el golpe certero
—adivina profeta quién te ha pegado—;
risa y saliva de la boca, y la blasfemia.
Genuflexión ante el dios de los inválidos,
obscena impiedad de carnavales.

Perdónales, Señor, porque no saben
que así se talla un santo.

Carece de amor propio.

A pesar de electrodos en las sienes,
el rey de burlas calla. Ni una queja;
esa medida exacta de “hombre viejo”.

Y aunque el pecado iguala, es anónimo,
—da igual quien lo cometa— Jesús
conoce el corazón de cada uno,
la diversidad, lo que hay de bueno.

Con sueño, apagado, es la luz de la verdad.
Donde el hombre está solo en este mundo
con sus pasiones, sus historias, sus creen-
cias;

lo que oye y lo que entiende.

Sólo él puede juzgar.

La conciencia es su territorio, donde reina.

Lloran sangre sus cabellos regios
sobre su rostro de boxeador exhausto,
manso y humilde, desfigurado.

¿En qué piensa Jesús?

En la imagen suya que ha puesto en mí,
en los que buscan su rostro en la amargura
de las caretas que la vida impone,
y en cuantos dibujan a Dios en un papel,
a su imagen y semejanza, y luego lo trituran.

Eclipse de sol tu rostro vulnerado,
el más bello de los hombres,
la sonrisa del Padre hacia los niños,
que los ángeles en lágrimas adoran.
Dame reconocer tu rostro en esos golpes
que humillan mi soberbia y que derriten
la máscara que forman mis pecados;
y en silencio, labor de enfermería,
quitarte las espinas una a una
sonriendo al que importuna.

Callar es lo que el hombre necesita
para oír las Escrituras.

LA CRUZ A CUESTAS

Le dan la cruz entera, la de la muerte.
Madreselva, se abraza enamorado
a la voluntad del Padre.

Dios nos ama,
no nos entrega un manual del sufrimiento,
sino más que mil palabras:
un testimonio, su Hijo muy amado.
Leedlo, medítadlo, ponedlo en su lugar

cuando quede en carne viva la existencia.
Os desvelará el sentido redentor
de la carcoma del alma o del cuerpo.

Nota al estrenarla si fue un profesional
quien desbastó los maderos.

Malditas chapuzas que molestan a Dios
y a los usuarios.

Todos tenemos un nudo, una astilla
que nos irá doliendo a lo largo del camino;
espinas de san Pablo que baja a la tierra
los humos del hedonismo y del orgullo,
la tontería humana.

Hecho polvo remite al Creador, despierta
el sarmiento que Dios nos puso dentro,
abriendo las entrañas a lo ajeno.

Bendito sea el dolor que nos libera.

Lleva la cruz sin arrastrar, sin resignación,
a pulso de amor; ofrenda sostenida
sobre el altar de su cuerpo.

Que no por aguantar se santifica
el álamo al viento del invierno,
ni la imaginación que sus palos inútiles in-
venta.

La cruz, su Cruz, a nuestra medida.

Madera de santo, y a golpes del Espíritu,
silenciosa, la figura de Cristo va saliendo
con los brazos abiertos, un cristiano.

El peso es plúmbeo, atómico, cósmico.

Lleva todas las cruces de los hombres,
aunque ellos no lo sepan.

La mortificación es la invitación

—precisamente eso que cuesta—

a tomar el palitroque en esta carrera de rele-
vos.

Procesión de Semana Santa más larga de la
historia.

El primero es Simón de Cirene.

Con la cruz de Jesús, que hace propia,
no se puede llevar la cruz a medias.

Varita mágica: al tomarla con amor es el
encuentro.

“Venid a mi todos los que estéis cargados
y agobiados, y yo os aliviaré”^{vii}.

Jesús no ha tenido mala suerte, desgraciado.
No tiene su autoestima por los suelos.

La felicidad está en aventurarse bien,
en los caminos de Dios que acaban en la
Gloria.

Bienaventurados los que ponen la cruz
en sus dolores,
en el manojito de llaves –llave del Cielo–,
en la cima de las montañas... de trabajo
y en el pecho... de su féretro.

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

“Cuando levantéis en alto al Hijo del hom-
bre,
entonces conoceréis que yo soy”^{viii}.
“Yo soy el que soy”, el Eterno Hijo de Dios.
El Salmo veintidós por las conciencias
delata al Buen Pastor en su cayado,
la voz de Dios quebrada en sufrimiento,
al Mesías prometido en nuestra acera.

De pie, grapado a la cruz. Acostumbrado
a moverse entre clavos y tablones,
qué difícil su oficio redentor.

Ya no debo quejarme
de la cama dura, de la sed, del calor.

Tanto dolor que imaginar se pueda,
sumidero de todos los dolores
y sólo una parte está por fuera.

Ha sufrido lo mío antes que yo.
Mano abierta del Padre sobre el pueblo,
bendición de sacerdote eterno,
para que yo la tome y suba donde él.

Sacerdote de mi propia existencia.

Desde su altura, Jesús está pendiente
de su Padre, en nubarrones de lágrimas,
de María, rayo de luz,
del ladrón arrepentido, ladrón de cielos,
de los crucificadores manchados con sus
reliquias,
de los que le volverán a crucificar,
de respirar a pulso en los clavos,
de las moscas que pasean y beben en su ojo,
de cuantos llorarán al pie de un crucifijo,
de todos los que sufran, sus hermanos.

Son las tres en punto de la tarde,
cuando las agujas se hacen el signo de la
cruz
y marcan la hora exacta de partir.

Todo está predicado, obedecido. Esculpido
en una sonrisa. Como humo de holocausto.
Quede en la retina el tormento infrahumano
para robar al diablo el arma del dolor,
aprendan en el culmen de la historia
el amor hasta la muerte que nos tiene
y el abismo de malicia del pecado.

Con golpes de pecho triturados,
la gracia mana de la roca dura;
el confesonario es la sepultura
de los que viven ya resucitados.

+ + +

Te contemplo, Jesús crucificado,
que juntas el dolor con la alegría,
el cielo con la tierra en armonía,
la gracia del perdón y mi pecado.

Por ti no pasa el tiempo, enamorado
crucifijo, vital fotografía,
entregando tu vida por la mía,
la perenne efusión de tu costado.

Te miro y me miras con cariño;
tu cuerpo, todo ojos, como un niño
espera una palabra de consuelo.

Aquí estoy, Señor, para quererte
subido a mi trabajo, en tu suerte
de llevar a los otros hasta el cielo.

Te pido desde el suelo
me des en el amor el doctorado
y no olvides mi rostro al otro lado.

LA RESURRECCIÓN

La noche es la película guardada
del día que ha pasado para siempre.
El hombre se muere, como el día.
Pero este domingo cambia el sino,
levanta acta del Hombre metahistórico.
A la salida del sol, hora prevista,
hablaron los testigos de la roca
abriendo su misterio a este mundo.
Nuevo modo de ser, definitivo.

Fue despertar con sus mismos ojos,
palpar su propio cuerpo nuevo,
sentir el respirar bajo la sábana,

atravesar el muro de la tela ileso
y celebrar el gozo en la puerta
que daba hacia los hombres.
Salió tan natural como el mochuelo de su
alcoba
en andar majestuoso, como el que sabe ca-
minar
sobre las aguas.

No encontraréis en su tumba “Aquí yace”.
Se ha ido con la brisa. Le han visto
la aurora, el estornino, sus discípulos.
¡Mira que se lo había dicho!
Al agnóstico le queda pagar
la apuesta perdida con el Padre
y que la noticia no exista, no sea la portada
del dominical del Daily Post de Jerusalén.
Pero ella se expande a la velocidad de la luz
obedeciendo a Dios antes que a los hom-
bres.

Amigos lo olvidaron, enemigos lo temían.
Sólo su madre, báculo vigilante, le esperaba,
acostumbrada en la playa de la espera...;
itinerario de la fe cumplido.
¡Había que creer quién es Jesús!
Es la intención de Juan en su evangelio.
El hombre que hacía los milagros
¡es la Resurrección y la Vida!^{ix}
¿Crees tú esto?, pregunta todavía.

Nacido en nuestro tiempo carpintero,
restaurador de imágenes sagradas,
acabado el trabajo volvería.
Mortal por ser hombre, el sueño le retuvo
el tiempo que tardó en caer toda la arena.
Hoy sigue jugando a aparecerse,
a sorprender nuestra fe con su alegría,
como a aquellos entusiastas de Emaús,
escondido en otra forma, Eucaristía.

Buenos días, Jesús resucitado,
Vida eterna que pasas a mi lado.
Estoy como hiedra a tus pies,
como la Magdalena confidente.
Eres el templo donde vengo a adorar,
sin límites de espacio y de ternura,
a sentir tu Vivencia este momento,
a besar el manantial de tus palabras

y a decirte, nuevo Pedro,
setenta veces siete que te quiero.

Aún retumba en los rincones de la bóveda
celestes
el big-bang de aquella catacumba:
“Yo soy la Resurrección y la Vida”.

LA ASCENSIÓN AL CIELO

Vuelve a casa el que vino de los cielos.
Racimo de sorpresas son los suyos,
girasoles contemplativos
en pie sobre la tierra.
Unos ángeles les dicen:
“Volverá al mundo como le habéis visto”^x
a juzgar en voz alta el corazón de las miradas,
a publicar dónde estaban las llaves perdidas
y los nombres inscritos en el Libro de la Vida.

Deberían hablarnos más del cielo
los santos que andan por la tierra
dialogando con Dios sus nimiedades.
Que nos hablen de nuestro destino,
del rostro de Cristo
que ha de ver la fe bartimea al despertar.
No de chismes, nubes efímeras.
Sólo su Palabra permanece
entre esculturas e imperios de este mundo
que el tiempo se encarga de quitarles la nariz.

Cada día estrenamos hoja en blanco
que vamos escribiendo
con la pluma de nuestra libertad.
Lo que hemos de hacer nos lo han escrito
en la página contigua. La voluntad de Dios
fecunda la nuestra en párrafos de santidad.
Por la noche guarda la hoja nuestro ángel
en tapas que llevan nuestro nombre.
Lo escrito, escrito está. Es lo que queda.
Sólo la Confesión modifica el pasado:
lava el libro si el tintero se cayó,
arregla borrones, omisiones,
faltas de ortografía: los pecados.

En un golpe de vista al morir

leemos nuestra historia
a la luz de Dios, de la verdad.
Sinceros en la tierra,
¿para qué nos vamos a engañar?
Por un divino instinto, en térmica ascenden-
te,
se inscribe en el libro de los santos;
o cae en el olvido de Dios,
en las profundidades de las manos del Mal.

Al cielo no se llega por aproximación,
por ser buenas personas
que juzgan a los otros, se piensan dios
y se perdonan a sí mismos los pecados.
Son las obras macizas que él espera,
con la pértiga de la gracia, para saltar el lis-
tón.

Ahí están los sacramentos.
—Otros, muchos, llegarán sin saberlos—.

Inquilinos de la tierra,
del Amor venimos y al Amor volvemos
y sólo en sus manos lo sabemos.
Orar y trabajar, creer y enriquecer
a los pobres de Espíritu.
Convertir en poema de amor trascendente
la prosa gris, diaria, tan corriente.

LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO

¿Y si al final todo fuera un escenario,
éste y el mundo creado por los hombres
que se han ido?

¡Que se trataba de una historia de amor,
juego escondido, tesoro descubierto,
de miradas, de toques y de entregas,
de intimidad compartida!

Por entregas, mi Dios, tú te me das.
Después de Jesús, a manos llenas, rotas,
otro Don, esta vez interior, a domicilio,
como lengua de fuego espiritual a cada uno
del volcán de tu Amor.
Pidiendo porque amas —gemido inenarrable—
,
para que, dando, me parezca a ti.
Abres mi mano y puedes darme más,
trocando, rey Midas, mi ser en teologal,
sintiendo tu aplauso en cada ofrenda mía.
No me dejas dormir, Señor, jugando,

y vuelves a pedirme más y más
al ritmo que tú pones, respiración de Dios.
La vida se devuelve por entregas.

Traigo la conversación en los cielos,
en mi centro donde habitas,
con miradas sugerentes
de reproches y de aliento.
Aire acondicionado en horas de agobio,
la brisa de tu voluntad el corazón aquieta.
Alma de mi alma, lo más real, concreto,
como susurro aprietas.

Aunque no te pueda ver, Espíritu,
el mío, encarnado, reconoce tus huellas:
revelación de beso ardiente en Pentecostés,
conversiones, vocaciones,
y otros besos y pellizcos en el alma,
frutos sabrosos de obediencia.

Alfarero del alma, divinas manos,
quieres sacar de mi barro mi mejor manera.
Me dejaré acariciar, arañar, pulir
en la dulce esperanza
y en el contrapunto afilado del dolor.
Transformar en esos hornos rituales
de la Misa y el Perdón.
Mi vaso de elección cobra la forma
de tu sabiduría y de tu entendimiento,
de paciencia, gozo, paz y fortaleza.
Tu mundo espiritual, no el aparente.
El monumento que queda y que tú llenas
—un dedal, un cubo, una alberca—
al caerse el telón tras el deceso.

Pasar en vilo la existencia
con tus ojos, Señor, desde tu altura,
y con los pies descalzos, en pobreza,
sobre esta tierra santa, esta semana santa,
en la santa hermandad, en la santa obediencia.
Todo me sabe a ti —Santo, Santo, Santo—
en el juego divino de la entrega.

LA ASUNCION DE MARÍA AL CIELO

La Virgen obediente ya se duerme
igual que una niña llevada sobre el hombro
rendida por el sueño y la ilusión.
Hoy muere la esperanza, sin tristeza,
en el andén del tiempo.

La rosa se ha vuelto mariposa con el viento
hacia el mar de la sorpresa.

Nosotros nos quedamos en la orilla
besando las espumas del recuerdo.

Ese su palpitar de trigo hundido
sube al reencuentro con la mano sembradora
en lo alto de la espiga.

Con todos sus contornos florecidos
igual que una mujer para la boda
se reviste de encajes diamantinos
y de sonidos blancos,
en busca de la luz a la que pertenece.

Mudada historia en amor canonizado.
Se da vuelta el tapiz
y ve sin nudos ni tapujos,
sin juegos de sombras y abanicos.
La llena de gracia se abre ahora
a los senos inmensos de la Gracia,
gratuitos hontanares donde la fe descansa.

Dios otea por celeste celosía
a la Mujer modelo, apocalíptica,
responsable de sus expectativas,
que asciende en sinfín de peldaños-isobaras
troquelados por corrientes de aire
que forman jerarquías de ángeles,
dejando a su paso imperios de belleza.
La precede Gabriel, heraldo que anuncia
a la paloma,
pluma resucitada por el soplo del Amor.
La Anunciación al revés.

Ya viene la invicta, ya llega
por las ramas supremas de la historia.
Ha pasado las nubes de la fe
entre un cúmulo de aplausos de torcaces,
de abedules y palmeras,
de vírgenes y mártires, de doctores
que proclaman su dogma innumerable.
Ya puede abrazar a la alborada,
subir al vértice del sueño,
rozar con sus dedos los pétalos del alba,
fundirse con la Luz que era su anhelo.

**LA CORONACION DE NUESTRA SE-
ÑORA**

Recuerdas el silencio que produjo
aquel silencio tuyo ante Gabriel.
El tiempo se paró sin darse cuenta,
quedaron en suspenso
órbitas, cascadas y tormentas sensitivas,
colapso cardíaco de todo el universo,
urdimbre de emociones a la espera.
El hombre era esclavo del pecado
y el cosmos atado a su cadena.
Esa espera a cámara lenta se hizo eterna.

Dijiste SÍ
y el Cielo respiró. Se abrió la puerta
de la Luz entre tinieblas.
Eras hija, esposa y eras madre,
y Dios se hizo milagro en tu sagrario.
Volvieron a reunirse los puntos cardinales
y hubo aplausos de ángel por la tierra.
Volvieron los ríos a alegrarse,
a engalanarse otoño y primavera,
a decirse las palomas sus secretos,
a ser hijos de Dios los hijos de Eva.

Dijiste SÍ
la tarde de la cruz, la de la prueba.
Y en Juan tomaste las riendas de la Iglesia,
que hacía la oración con tus palabras
mientras releías la vida de Jesús,
tus entretelas.
No eres devoción, no eres imagen,
eres una página del Evangelio,
escuela del hogar, del dolor, de la pureza.
Eres su estela,
la Tradición orante, viva,
vaso comunicante de tu Hijo
pasando a nuestro alcance vida eterna.
Tú muestras la dulzura del Camino,
el abrazo de Dios que se nos abre
y en tu misericordia nos aprieta.

Hoy dice Dios que SÍ y te corona Reina
de todo este jardín enamorado.
Un enjambre de galaxias como velo,
un vendaval de flores en tus manos;
corona de virtudes y diamantes,
de santos y ángeles de todos los colores
y doce estrellas.

La coronación será cuando estemos todos.

Que toda criatura reconozca a su Señora,
capitana que llevó todo en vilo a su Hijo
y Cristo lo devuelve al Padre creador.

Así acaba la historia.

Pero Jesús adelanta la hora
en un tiempo sin tiempo, litúrgico,
como en agua de Caná que se refleja:
podemos celebrar ya su memoria.

Desde entonces en el Cielo siempre es ma-
yo,
poesía luminosa, brotes tiernos de piedad
ensalzan unánimes el nombre de su entrega.
El viento forma acordes
en las telas de araña y en los sauces,
violines cantan su epopeya.

ⁱ Salmo 42,8.

ⁱⁱ El Avemaría. Cfr. Lucas 1,42.

ⁱⁱⁱ Lucas 3,22.

^{iv} Mateo 13,16.

^v Juan 14,3.

^{vi} Salmo 8,5.

^{vii} Mateo 11, 28.

^{viii} Juan 8,28.

^{ix} Juan 11,25.

^x Hechos de los apóstoles 1,11.